



CAMBIO CLIMÁTICO Y PUEBLOS INDÍGENAS AMAZÓNICOS

José Álvarez

Ismael Vega.- El bioma amazónico es el segundo ecosistema más vulnerable a los efectos del cambio climático. La expansión agrícola y la deforestación que alcanzó en el Perú más de 220 mil hectáreas (2020) son las principales amenazas para su sostenibilidad porque impactan gravemente en los bosques, ríos y territorios de los pueblos indígenas. A su vez, el Perú es el tercer país más vulnerable frente al Cambio Climático. Frente a este escenario, ¿cuál es el impacto de las políticas que viene implementando el Estado en el marco de una economía de mercado, teniendo en cuenta que contamos con una Ley Marco sobre Cambio Climático, los compromisos adoptados en el Acuerdo de París y las COP en la que ha participado?

José Álvarez.- Las políticas del Estado peruano sobre la Amazonía han sido y siguen siendo bastante contradictorias y descoordinadas entre los diferentes sectores. Mientras el Programa Nacional de Conservación de Bosques para la Mitigación del Cambio Climático (PNCBMCC) y el Servicio Nacional de Áreas Naturales Protegidas por el Estado (Sernanp), dependientes del Minam, y el Servicio Nacional Forestal y de Fauna Sil-

vestre (Serfor), dependiente del Midagri, entre otros programas y proyectos de ambos ministerios, impulsan la conservación de los bosques amazónicos, el mismo Estado, a través diversas acciones de otros programas del Midagri, de las direcciones agrarias de los gobiernos regionales, y de sectores como el Ministerio de Transportes y Comunicaciones y el Ministerio de Energía y Minas, impulsan proyectos sumamente lesivos para la integridad de la Amazonía. Estos incluyen proyectos agropecuarios que amplían indiscriminadamente la frontera agrícola en suelos de aptitud forestal, de infraestructura (especialmente carreteras que promueven la invasión y depredación de zonas forestales, la tala y la minería ilegales), y otros. El resultado salta a la vista, pues la tasa de deforestación se mantiene entre las más altas de la Amazonía, dejando al Perú malparado frente a los diversos compromisos internacionales asumidos para la conservación de los bosques, y afectando de paso a las comunidades locales que dependen de los bosques para su supervivencia.

Históricamente, la Amazonía es uno de los pocos ecosistemas del planeta donde los pueblos indígenas pudieron vivir y prosperar, desde tiempos ancestrales, a partir de una relación de cuidado y respeto con la naturaleza. ¿Cuáles han sido las principales características de esta relación? ¿En qué contexto se produjeron? ¿Por qué son importantes y se deben tener en cuenta para enfrentar la situación actual y los impactos del cambio climático que sufren los pueblos indígenas? ¿Son suficientes estas respuestas para el contexto actual?

Según diversos autores, la adopción de la agricultura y la ganadería, que ocurrió en la mayor parte de los pueblos del planeta hace miles de años, comenzando con la llamada “Media Luna Fértil” en el Medio Oriente hace más de diez mil años, solo se produjo parcialmente en la Amazonía. Esta fue una decisión muy inteligente, adaptada a las potencialidades y limitaciones del ecosistema amazónico. Hasta muy recientemente, la mayor parte de los recursos alimenticios clave de las comunidades indígenas (principalmente proteínas y grasas) provenían de recursos silvestres que eran sumamente abundantes: peces, tortugas acuáticas, caimanes, manatíes y otros recursos hidrobiológicos; y fauna silvestre terrestre y frutos

del bosque, especialmente. Los hidratos de carbono, escasos en la naturaleza, son una excepción, y provenían en su mayor parte de los cultivos de yuca, sachapapa, maíz y pijuayo. Cabe destacar que el plátano, que ahora representa una gran fuente de hidratos de carbono, fue introducido por los europeos, junto con algunos otros cultivos, al igual que la cría de aves de corral y de cerdos.

El énfasis en el aprovechamiento de los recursos silvestres no fue casual ni fruto de la pereza, como algunos han querido interpretar, sino de una sabia adaptación de un entorno muy particular, donde abundan esos recursos silvestres y, en cambio, la pobreza de los suelos, las intensas lluvias y el clima caluroso y húmedo no favorecen ni los cultivos ni las crianzas. Solo en los márgenes de la Amazonía, especialmente en las zonas de transición hacia el Cerrado, en Brasil, y los llanos del Beni, en Bolivia, que tienen una estación seca muy marcada y suelos más planos y productivos, así como en algunos lugares de la selva alta de Perú y Ecuador, se ha comprobado la existencia en el pasado de culturas con una vocación agrícola más marcada.

Esta dependencia de los recursos silvestres de las culturas amazónicas representa ahora una gran oportunidad para impulsar modelos de desarrollo amigables con los bosques y los ecosistemas acuáticos asociados. En vez de promover modelos agropecuarios ajenos a la cultura amazónica (copiados del Ande o la Costa, y condenados al fracaso, como demuestra la experiencia) se debería promover la recuperación y manejo de recursos acuáticos y terrestres, para fortalecer la seguridad alimentaria, e impulsar bioemprendimientos basados en el potencial de la biodiversidad, como fuente de ingresos económicos. Un ejemplo son los superfrutos amazónicos, que tienen una creciente demanda para el mercado de alimentos y suplementos alimenticios, así como para el cosmético e industrial. Como esos hay multitud de recursos que pueden ser aprovechados sosteniblemente por las comunidades locales en los bosques y ecosistemas acuáticos, sin alterar sus prácticas y costumbres tradicionales, fortaleciendo su seguridad alimentaria, generando ingresos y contribuyendo a conservar la Amazonía.

En los últimos años, desde el Estado, las empresas y algunos sectores de la sociedad vienen promoviendo un conjunto de “soluciones” que plantean una suerte de crecimiento económico verde o negocios verdes, basados supuestamente en el cuidado de la naturaleza y la descarbonización. Incluso los Estados y los grupos económicos de poder hablan de “transición ecológica”. ¿Cómo ves está corriente de “soluciones”, que no solo han ido adquiriendo visibilidad en estos años de mayor crisis climática, sino que también se vienen expresando en políticas desde los Estados?

En principio, toda iniciativa que apunte a soluciones basadas en la naturaleza y crecimiento verde son correctos. El problema surge cuando esos modelos son impulsados por organizaciones o empresas que no tienen en cuenta ni involucran de forma adecuada a las comunidades, o los involucran como socios menores, como “beneficiarios”, o simples “proveedores” de recursos o territorios, concentrándose la mayor parte de los beneficios en los promotores de los proyectos.

Actualmente, hay buenas iniciativas y las hay no tan buenas. De momento, las que más se está impulsando son aquellas lideradas por empresas privadas más interesadas en la rentabilidad que en el bienestar de las poblaciones amazónicas y en la conservación de los bosques. Por ej., las plantaciones de monocultivos, sean de palma aceitera o de árboles maderables, pueden ser una alternativa económica para dar rentabilidad a los miles de hectáreas de suelos deforestados y degradados, pero no son una opción para las poblaciones indígenas amazónicas, ni tampoco contribuyen a recuperar la conectividad en paisajes fragmentados ni a conservar la biodiversidad, pues se convierten en inmensos “desiertos verdes”, en los que domina una sola especie. No todo crecimiento “verde” es inclusivo, sostenible y amigable con la biodiversidad. Hay muchos tonos de “verde”...

En este tipo de plantaciones la mano de obra es además foránea, de población andina o costeña, porque los indígenas amazónicos prefieren en general su estilo de vida donde predomina la pluriactividad vs. la especialización característica de las sociedades modernas. Adicionalmente, la llegada de colonos suele estar asociada al despojo de territorios tradicionales

de las comunidades, entre otros impactos negativos para las comunidades amazónicas.

Actualmente, frente a este escenario de crisis climática, predominio de una economía de mercado, con usurpación y despojo territorial, deforestación creciente, etc., ¿desde los pueblos indígenas qué estrategias y procesos se vienen impulsando para ir construyendo el Buen Vivir/Vida Plena? ¿Cómo articular las iniciativas que benefician a los pueblos indígenas y al planeta basadas en sus conocimientos tradicionales, con las nuevas tecnologías y posibilidades que existen en la actualidad, asegurando la sostenibilidad de nuestra casa común?

Los indígenas amazónicos están conectados con los mercados regionales y nacionales desde hace años, y lo están haciendo de forma cada vez más acelerada, porque necesitan y buscan diversos bienes y servicios que les provee la sociedad occidental, desde herramientas, ropa, motores y otros bienes, hasta servicios como salud, educación y comunicaciones.

Lamentablemente, para generar los ingresos para pagar esos bienes y servicios con frecuencia han recurrido a la extracción y venta de recursos escasos que son importantes para su subsistencia, incluyendo animales terrestres, caimanes y peces (especialmente durante el terrible boom de las pieles y animales vivos, de los años 60 y 70, pero también actualmente como carne de monte y pescado), la madera de sus bosques, o los frutos (por ejemplo, el aguaje en la actualidad). La consecuencia ha sido la sobre explotación de esos recursos, lo que a su vez ha sido una de las causas del incremento de la desnutrición crónica infantil (que afecta más del 50 % de los niños indígenas) y la anemia, que afecta a un porcentaje aún mayor, además de erosionar el principal activo con que cuentan las comunidades para su desarrollo.

Promover el manejo y la recuperación de esos recursos claves para la seguridad alimentaria (fauna silvestre en sus bosques, peces, tortugas en ecosistemas acuáticos) y la economía familiar debería ser una prioridad de los gobiernos y de los proyectos de cooperación con comunidades amazónicas, pero es muy raro que así ocurra. Invertir en recuperar y conservar

la integridad y salud de los ecosistemas, e impulsar bioemprendimientos basados en el manejo y la agregación de valor a los recursos de la biodiversidad, sería la mejor inversión para las comunidades amazónicas, que podrían no solo mejorar su seguridad alimentaria, sino sus ingresos de una forma sostenible y pertinente culturalmente. Y al mismo tiempo contribuiría a conservar la Amazonía y los valiosos servicios ecosistémicos que presta al planeta. Las nuevas tecnologías pueden ayudar a que se pueda dar valor agregado a muchos de esos productos en las propias comunidades, generando mejores ingresos para ellas.

Más bien, los intentos de cambiar esas prácticas tradicionales de esas culturas que los antropólogos llaman “bosquesinas” hacia un modelo “agropecuario” han estado todos condenados al fracaso, y han contribuido a destruir bosques amazónicos y a profundizar la brecha de pobreza e inseguridad alimentaria de las comunidades amazónicas.

Las organizaciones indígenas llevan años impulsando sus planes de vida (tanto a nivel de comunidades como de organizaciones y federaciones) en el que el Buen Vivir es un aspecto clave. Sin embargo, muchos reconocen que el tema económico” (en sentido amplio, esto es, incluyendo seguridad y soberanía alimentaria, además de ingresos familiares) sigue siendo una asignatura pendiente, pues más se han concentrado en los temas de territorio, identidad cultural y lenguas. Las organizaciones nacionales Aidesep y Conap están abordando esta problemática de forma creciente en los últimos años, y han creado áreas de economía indígena, por ejemplo.

La Amazonía tiene una gran diversidad cultural, con cincuentaíún pueblos indígenas y doce familias lingüísticas con sus propias cosmovisiones, prácticas y saberes. Además, cuenta con organizaciones nacionales y locales que han logrado colocar sus demandas y propuestas en la agenda pública nacional. ¿Qué rol les otorga el Estado para la vigilancia y defensa de sus territorios y, especialmente, en los procesos de toma de decisiones que tienen que ver políticas y/o proyectos relacionados directamente con sus territorios?

La legislación actual garantiza a los pueblos indígenas un alto nivel de autonomía en la gestión de sus territorios, especialmente en lo que se refiere a la gobernanza territorial y al aprovechamiento de recursos con fines de subsistencia, aunque no les garantiza los medios para una adecuada protección y gestión de los mismos. Cuando se trata de un aprovechamiento con fines comerciales, sea de recursos forestales y de fauna silvestre, o de recursos hidrobiológicos, los requisitos para obtener los permisos son complejos y costosos, y las comunidades indígenas se ven con frecuencia obligadas a buscar aliados en la cooperación o en empresas privadas, lo que las hace muy vulnerables a estafas y otros abusos.

Un gran avance en el respeto a los derechos de los pueblos indígenas fue la Ley de Consulta Previa, aprobada en el 2011 por el Estado Peruano. Sin embargo, sigue habiendo muchos casos en que no se aplica, y con frecuencia las organizaciones indígenas tienen que interponer recursos para que sea aplicada en casos de normas, proyectos y otras intervenciones del Estado que afectan sus derechos.

El posicionamiento de la agenda indígena en diversas instancias públicas ha sido muy significativo en las últimas dos décadas, aunque todavía falta mucho por hacer. Se echa de menos, por ejemplo, la unidad de los pueblos indígenas en alguna plataforma nacional, lo que daría mucha más fuerza a sus reclamos (como ocurre por ejemplo en Ecuador y Bolivia).

Urge implementar políticas de Estado orientadas a la reducción de gases de efecto invernadero, uso responsable de los suelos y la recomposición de los bosques. ¿Cómo cuidar la naturaleza, sus bosques y su gente y a su vez aprovechar las posibilidades actuales? ¿Cómo aprender del pasado y asegurar el futuro de la Amazonía y sus pueblos?

Como he indicado más arriba, las comunidades amazónicas tradicionales, y en especial las indígenas, son los mejores aliados para ayudar a proteger la Amazonía, si se crean los incentivos correctos, y se promueve un enfoque participativo y basado en evidencia para el diseño e implementación de los proyectos. Para ello, las acciones deberían estar orientadas

a asegurar los territorios tradicionales de los pueblos indígenas, apoyar el fortalecimiento de sus sistemas de control y vigilancia, impulsar bioemprendimientos que pongan en valor recursos de sus bosques y ecosistemas acuáticos para colocarlos en el mercado, promoviendo la revalorización de las prácticas tradicionales indígenas en alianza con la ciencia y la tecnología modernas, y con empresas privadas responsables (las llamadas “Empresas B”), teniendo en cuenta que son las que conocen el mercado y pueden ayudar a las comunidades tradicionales a articularse con él.

Ya hay experiencias muy exitosas de comunidades trabajando con apoyo de la cooperación en esa línea, pero todavía son un número reducido. Se siguen cometiendo errores estratégicos en el diseño de proyectos orientados a conservar bosques y a ayudar a progresar a las comunidades, tanto desde las agencias gubernamentales como desde la cooperación internacional, especialmente por fallas en promover una participación efectiva de las propias comunidades en la planificación y en la toma de decisiones sobre los proyectos, y en el desconocimiento de los “expertos” formuladores de los factores limitantes y condicionantes que existen en la Amazonía, entre los que destaca el tema cultural. Un diálogo intercultural respetuoso, informado y oportuno ayudaría mucho a que los proyectos tuviesen una mejor tasa de éxito.

¿Cuál es el futuro y los principales retos de los pueblos indígenas amazónicos en un contexto de globalización, cambio climático y predominio de la economía de mercado, con un Estado cuyas políticas públicas no respetan sus derechos y no contribuyen a luchar contra la crisis climática?

Aunque los retos son numerosos, voy a citar los que a mi juicio son más importantes y urgentes. El primero tiene que ver con las nuevas generaciones: actualmente hay una creciente sangría de jóvenes amazónicos que emigran hacia las ciudades, e incluso hacia actividades ilícitas como minería ilegal, narcotráfico y tala ilegal, en busca de mejores condiciones económicas. Generalmente son jóvenes que han acabado sus estudios de secundaria o estudios técnicos, y ven en el “cartón” un pasaporte de huida de las comunidades; cada vez menos se quedan a trabajar en sus propias comunidades. Crear oportunidades para estos jóvenes implica mejorar la

educación en las zonas rurales amazónicas, que debería estar enfocada en crear capacidades adaptadas a las necesidades de las comunidades, e impulsar alternativas de negocios y empleo de calidad en las zonas rurales, a través especialmente de los citados bioemprendimientos y agroindustrias relacionadas, basados en los recursos de la biodiversidad.

El potencial en este campo es muy grande, debido al crecimiento del interés y la demanda de estos productos en los mercados globales. Aunque es cierto que los jóvenes continuarán emigrando como ocurre en todo el mundo, una parte podría decidir quedarse en las comunidades si hay oportunidades de negocios que generen ingresos, y condiciones adecuadas en los servicios e infraestructura.

Otro reto importante es el de seguridad territorial. Actualmente se calcula que hay más de 15 millones de hectáreas sin asignar en la Amazonía peruana, y en ellas es donde más actividades ilícitas y pérdida de bosques se producen. Una parte de esas áreas están reclamadas por comunidades indígenas y mestizas, sea para titulación o sea para ampliación de territorios. Otras zonas, que no están en el área inmediata de influencia de comunidades, deberían ser asignadas bajo otras modalidades de gestión, de preferencia a comunidades organizadas, como concesiones de algún tipo, de modo que no queden áreas sin un titular.

Finalmente, creo que un reto importantísimo es el de la seguridad alimentaria, mencionado más arriba. El crecimiento poblacional, la concentración de la población en pueblos y ciudades intermedias en busca de servicios, la demanda del mercado y el acceso a herramientas y técnicas modernas para caza y pesca (escopetas, redes, motores) ha provocado una sobre explotación de los recursos que está afectando gravísimamente la seguridad alimentaria, como se ha indicado antes. Las comunidades indígenas no están enfrentando de forma adecuada esta problemática, y las soluciones que provee el Estado (asistencia alimentaria a través de programas como Qali Warma) no son pertinentes culturalmente (hay un alto nivel de rechazo de los alimentos procesados y ultraprocesados de Qali Warma), ni están ayudando en absoluto a solucionar el problema de la desnutrición crónica infantil y la anemia. Se requiere diseñar e implementar medidas

para que las propias comunidades promuevan la recuperación y manejo sostenible de sus recursos de flora y fauna, bajo enfoques de gestión participativa o cogestión; esto ya se ha hecho en algunos lugares, con apoyo principalmente de proyectos de cooperación internacional, pero se requiere escalarlo a la mayoría de las comunidades y convertirlo en políticas de estado.

¿Cómo pueden contribuir la Iglesia amazónica y la sociedad para ayudar a los pueblos indígenas a proteger los bosques de la Amazonía y mitigar los graves efectos de la crisis climática?

Son muy claras las orientaciones tanto de la *Laudato Si'*, como de la *Laudate Deum*, sobre la crisis ambiental en general, y sobre la climática en particular. La presencia de la Iglesia en zonas remotas, donde los pocos actores que llegan suelen ser ilegales o aprovechadores de los pueblos indígenas, es clave para ayudar a estos pueblos: primero, a tomar conciencia de sus derechos (¡y también deberes sobre lo que el Papa denomina “la Casa Común”!); segundo, a conectarlos con posibles aliados que los ayuden a defenderse y a buscar alternativas frente a los retos y amenazas que enfrentan; y tercero, para canalizar denuncias sobre posibles amenazas y abusos, tanto sobre los territorios como sobre las personas (especialmente los tan acosados líderes ambientales).

En los últimos años la Iniciativa Interreligiosa por los Bosques Tropicales – IRI, donde participan activamente varios obispos amazónicos, ha estado muy activa convocando y movilizandoo activistas de las varias denominaciones religiosas del Perú, organizando eventos, realizando pronunciamientos y denuncias y planteando alternativas a la problemática de los bosques amazónicos.